

# ¡TU ES PETRUS!

Una reflexión acerca de dos momentos de ostensible acción del Espíritu en la Iglesia y en el mundo

**E**n el primer mensaje de Benedicto XVI, leído al final de la concelebración presidida por él en la Capilla Sixtina con los miembros del Colegio Cardenalicio el pasado 20 de abril, Su Santidad expresa: “Podemos decirlo: los funerales de Juan Pablo II han sido una experiencia verdaderamente extraordinaria en la que se ha percibido de alguna forma la potencia de Dios... En la hora de la muerte, conformado con su Maestro y Señor, Juan Pablo II coronó su largo y fecundo pontificado, confirmando en la fe al pueblo cristiano, reuniéndolo entorno a sí y haciendo sentirse más unida a toda la familia humana.” En efecto, Juan Pablo II, durante su pontificado, nos impactó con su amor y su magisterio abierto a todos y, particularmente, por su fidelidad hasta las últimas consecuencias, al estilo de Cristo, a la misión que Dios le había confiado, de tal modo que, al concluir su vida terrena, al igual que el Maestro “atrajo a todos hacia sí”.

¿Qué tiene la figura del sucesor de Pedro, a veces contemporáneamente tan zarandeada, que, a pesar de todo, atrae? “Tu es Petrus: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. Juan Pablo II, junto con otros muchos Papas, fue testimonio vivo del cumplimiento de esta promesa. El “secreto” de su fuerza está en “la desmesurada potencia de Dios” con la que el Papa puede contar.

Benedicto XV, predecesor en nombre del actual Papa, fue en su tiempo, no obstante su relativamente breve pontificado, otro gigante del ministerio petrino que supo asumir con hondura la tragedia de la Primera Guerra Mundial y luchar lúcida y denodadamente por la paz, la reconstrucción y la reconciliación, desarrollando su esfuerzo desde un papado empobrecido en cuanto a prestigio internacional. Su acción mereció el agradecido reconocimiento de naciones y gobiernos y potenció de manera decisiva el rol de la Santa Sede, hoy tan apreciado, como entidad iluminadora y mediadora.

Otra muestra igualmente significativa de acción fuerte del Espíritu y de unidad de la Iglesia, puesta toda en oración y comunión con los cardenales electores, es la elección de Benedicto XVI como 265 sucesor de Pedro a dos días de iniciado el cónclave y por amplia mayoría.

Esta abundancia de signos, pues “el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”, nos suscita algunas reflexiones que queremos compartir.

Comenzamos por el nombre escogido por Su Santidad, Benedicto XVI. Con ello el Papa nos quiere indicar que no esperemos en él otro Juan Pablo II. Pero también nos indica que, al igual que su anterior homónimo Benedicto XV, quiere ser un Papa comprometido con la apertura según el Evangelio, con la paz, la justicia y la reconciliación. Y así lo subrayan sus gestos inaugurales.

Teólogo y filósofo, de los más notables del pasado siglo XX, cercanísimo al pensamiento de Juan Pablo II desde su servicio como Prefecto de la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe, Benedicto XVI prestará un servicio magisterial inapreciable a la Iglesia y al mundo en un ambiente

como el de hoy marcado por el relativismo y la masificación. Por las mismas razones, ayudará a la asimilación del ingente magisterio, tanto gestual como en textos, de Juan Pablo II. En este sentido, en el mensaje mencionado al principio de esta reflexión, Benedicto XVI ha ratificado el carácter de “brújula” del Concilio Vaticano II y ha reafirmado con fuerza su voluntad decidida de proseguir en el compromiso de realización del Concilio, siguiendo a sus predecesores.

Por otro lado, puede decirse que Su Santidad ha resumido, en ese mismo mensaje, los grandes retos que debe asumir la Iglesia expresándolos como compromisos personales, a modo de líneas maestras que caracterizarán su pontificado.

En este mensaje, Benedicto XVI ha proclamado su humilde abandono en las manos de la Providencia de Dios y su disponibilidad para el diálogo y la escucha; se pronunció con fuerza por la comunión colegial con los cardenales y sus hermanos en el episcopado; ha puesto énfasis en la centralidad de la eucaristía como corazón de la vida cristiana y fuente de la misión evangelizadora de la Iglesia; ha proclamado su compromiso prioritario de trabajar en la reconstrucción de la unidad plena y visible de todos los cristianos, así como la necesidad del diálogo teológico; manifiesta estar dispuesto a hacer todo lo posible para promover la fundamental causa del ecumenismo y el diálogo sincero y abierto con otras religiones o con los que simplemente buscan, para lograr juntos el verdadero bien del ser humano y de la sociedad. Se dirigió finalmente a los jóvenes, reconociendo su tributo postrero a Juan Pablo II y reafirmando su esperanza en ellos. ¡Todo un programa para un Papa de 78 años!

Este agigantamiento personal, esta certeza sólida que sorprende, que recuerda un poco la autoridad desusada con que el Señor hablaba a sus contemporáneos, y que el propio Benedicto XVI confirma: “Al elegirme como obispo de Roma, el Señor me ha querido vicario suyo, me ha querido “PIEDRA” en la que todos puedan apoyarse con seguridad”, nos refieren de nuevo al “secreto” del papado, de su relevancia, de su atracción: la promesa del Señor: “Tu eres Pedro”, que se cumple y renueva con el “Sí” de cada nuevo Papa, para servicio de la Iglesia y el bien de toda la humanidad.